

conserva todavía justamente el título glorioso de reino cristianísimo. Celosos de un distintivo tan precioso, temamos que al fin nos sea arrebatado, y démonos prisa á sofocar en su cuna á esos mónstruos de impiedad, conjurados contra un Sacramento que es la prenda de los mas grandes favores de Dios hácia su pueblo; que es el mismo Hijo de Dios muerto en una cruz por nuestras culpas, resucitado para volvernos la vida, y subido al cielo para prepararnos allí los tronos. He querido primero á la faz del universo, que en este momento observa todos nuestros pasos, hacer la desaprobacion de un atentado que no ha sido cometido (pongo por testigo al cielo) ni por falta mia personal, ni por defecto de las personas depositarias de mi autoridad. Ordenc despues de esto, que los mas sean castigados con un rigor que impida para siempre, no solamente imitar sus egemplos, sino tambien abrazar sus opiniones. Suplico á todos cuantos me escuchan, y encargo generalmente á todos mis vasallos, que velen tambien sobre sí mismos, sobre sus hijos y sobre todos sus parientes, para que nadie se desvie de la doctrina de la Iglesia, en cuyo seno me ven perseverar tan altamente con todos los grandes de mi reino. Si yo mismo, que soy vuestro Rey y vuestro Señor, creyese que uno de mis miembros estaba inficionado del veneno detestable de la heregía, os le entregaria para que le cortaseis. ¿Qué digo? Si supiere que uno de mis hijos estuviese infecto, le sacrificaria á la venganza y á la execracion pública.”

10. Tal era el horror que Francisco I tenia á las novedades heréticas. ¡Mas cuánto riesgo corren los Reyes de mejores disposiciones, en medio de los tentadores incansables que vuelven sin cesar á la carga! En efecto, lograron sorprender á aquel buen Príncipe por su mismo amor á la Iglesia, y le persuadieron que nada era mas propio para restituirla á la paz, que el conferenciar pacíficamente sobre esto en Francia con Felipe Melanchton: el hombre mas hábil de Europa, le decian, y de una virtud igual á sus luces, modesto, urbano, moderado, que nada tiene del genio violento de Lutero y de Zuinglio, antes por el contrario, siempre se ha esforzado á conciliarlos entre sí y con los católicos: que él á la verdad no aprobaba ciertos abusos que se veían manifestamente en la disciplina de los últimos siglos, pero que detestaba el cisma suscitado con este motivo en Alemania, de donde (añadieron) puede estenderse fácilmente á Francia, y causar en ella los mismos estragos.

11. Ya Melanchton habia hecho pasar á Francia una memoria artificiosa, en que la doctrina luterana se hallaba esplicada, modificada y disfrazada de un modo capáz de alucinar aun á personas mas instruidas que la gente de corte. Por otra parte los introductores de la secta, despues de haber interesado en su favor á la Reina de Navarra, y á la duquesa de Estampes, es decir, á la devota de su partido y á la dama del Rey, las hicieron inclinarse, á que fuese á oír al cura de San Eustaquio, llamado el Gallo,

que predicaba con gran concurso de pueblo, arrastrando en pos de sí todos los que aspiraban al título de sábios é ilustrados. Este novador aplaudido pasó mas adelante que el mismo Lutero; y hablando como zuingliano acerca de la Eucaristía, citó de un modo bastante original estas palabras del prefacio de la misa: *Sursum corda*: dijo que no se debía fijar la atención en lo que estaba sobre el altar, sino elevarse hasta el cielo por la fe para hallar allí al Hijo de Dios. El Rey no advirtió bien el veneno que ocultaba esta frase artificiosa; pero los cardenales de Lorena y de Tournon acometieron al predicador, y le arguyeron con tanta fuerza, que le redujeron á confesar su error, y se vió obligado á retractarse en el púlpito de un modo tan público como lo habia anunciado.

12. Sin embargo, proseguia siempre el proyecto de hacer venir á Melancton á Francia, y la cábala logró suficiente crédito para hacerle convidar por el Monarca, quien le ofreció pasaportes, y aun rehenes, por garantes de su seguridad durante su permanencia en el reino. El diestro sectario aceptó estas ofertas lisongeras, y ya toda la secta triunfaba, cuando el cardenal de Tournon, indignado de que el cander de su Rey fuese de esta manera hecho juguete de la falacia herética, discurió, segun dicen, el estratagemá siguiente para burlar sus designios. Presentóse en palacio llevando en la mano las obras de San Ireneo (1). Francisco I no dejó de sorprenderse, y le preguntó ¿qué libro era aquel tan precioso que tantos

(1) *Flor. de Remond. p. 855.*

objetos importantes no se le hacian olvidar? „Señor, le respondió el cardenal, verdaderamente es un hermoso libro; es la obra de uno de los Apóstoles de vuestro reino, del ilustre doctor y mártir San Ireneo, que gobernó en el segundo siglo mi iglesia de Leon. Estaba yo, pues, leyendo aquel escelente pasage donde se refiere que los Apóstoles no quisieron tener el menor trato con los hereges, en tanto grado, que San Juan, el discípulo muy amado del Señor, hallándose en un baño público con el herege Cerinto, salió con precipitacion gritando á los fieles: huyamos de aquí, mis queridos hijos, no sea que quedemos estrellados bajo las paredes que abrigan á este enemigo de Dios. Vos sin embargo, Señor, vos que sois el hijo primogénito de la Iglesia y su primer protector, vos llamais cerca de vuestra persona al mas fiel discípulo del heresiarca Lutero, enemigo el mas dañoso de la Iglesia católica, á quien con su pérfida dulzura ha causado mas detrimento que todo el furor de su maestro.” El Rey, enteramente herido al oír este discurso, revocó inmediatamente los pasaportes y las órdenes que habia dado, é hizo juramento de perseverar inviolablemente adicto á la creencia de la Iglesia.

Todo esto no es mas que la relacion de un autor particular, bien que casi contemporáneo (1). Para los espíritus que no gustarán de estos golpes teatrales, poco conformes en efecto al gusto ya acrisolado del siglo en que se les presentan, véanse aquí hechos

(1) *V. d' Argentré t. 1. p. 383. et seq.*

sacados de actas auténticas, que no destruyen, sin embargo, lo que acabamos de referir. Francisco I, preocupado del buen efecto que podrian producir las conferencias entre Melanchton y los teólogos católicos, mandó advertir á la facultad de París que nombrase diputados oportunos al buen desempeño de esta comision. Los doctores se juntaron para tratar este punto, y representaron al Rey, que lo que proponia con intenciones puras en bien de la Religion, la esponia por el contrario al mayor peligro: que la via de las disputas con los hereges, además de sus inconvenientes, era poco decente, interminable y siempre absolutamente inútil: que seria dar á entender que se reducía á cuestion lo que estaba decidido formalmente por la Iglesia: que los alemanes en sus memorias injuriaban mucho á estas decisiones, pues que pedian un allanamiento recíproco; y que esto no era buscar el medio de volver á la Iglesia, sino querer arrastrar los católicos á sus errores. Los doctores recorrieron inmediatamente los diferentes artículos del dogma y de la disciplina antigua, que los mediadores del partido procuraban debilitar mas ó menos claramente: despues de lo cual se hizo una especie de formulario que debia enviarse á Melanchton y á sus partidarios, á fin de juzgar si su proyecto de reunion era sincero. Se les preguntaba por esta especie de preliminar, si querian reconocer que la Iglesia militante, establecida por derecho divino, no puede errar ni en la fe ni en las costumbres: que San Pedro fue la Cabeza de esta Iglesia bajo de Jesucristo, y

que lo es el Papa su sucesor: que todos los cristianos están obligados á obedecer á la misma Iglesia, y atenerse como hijos dóciles y fieles súbditos á lo que ella enseñe ó decida.

Un paso tan conforme al verdadero catolicismo que el religioso Monarca no dejó de reconocer, destruyó la esperanza y todas las maniobras de la secta. Desde entonces no se trató mas de llamar á Melanchton á Francia (1). Es verdad que el elector de Sajonia se opuso tambien á este viage; pero el mismo Lutero no dejó de desearle, y Melanchton hacia tan poco caso de la voluntad de su Soberano, que habia proyectado adelantarse con otros pretextos hasta Francfort para aprovechar la primera ocasion de pasar á Francia. La causa, pues, de su mudanza fueron las disposiciones de Francisco I; pero la afrenta que sufrió permaneció á lo menos bastante oculta para dejarle, como á otros muchos falsos amigos de los Príncipes de quienes son corruptores, la gloria entera de un convite que habia sido retractado. Indignado, sin embargo, el Monarca de las intrigas y audacia de los sectarios, los hizo perseguir por los magistrados. Seis de ellos, autores de las blasfemias fijadas contra el augusto Sacramento, fueron primero condenados á perecer en las llamas; y para inspirar mas terror, imaginaron un modo particular de atormentarlos (2). Ataban al delincuente sobre la hoguera en una silla colgada que subia y bajaba muchas veces, hasta que el reo sofocado y medio quemado entregaba el espíritu,

(1) *Id. t. 2. p. 121.* (2) *Mem. du Bell. l. 4. p. 283.*

y entonces le dejaban caer en las brasas para que se consumiése. Diez y ocho personas, cómplices de los seis primeros, sufrieron el mismo suplicio. Se advierte que todos eran franceses: tanto importa á los gefes de las naciones mas sanas cerrar la primera entrada al contagio extranjero.

13. Habiendo fallado el lazo tendido al candor de Francisco I, como acabamos de ver, probaron á hacerle caer en otro, tanto mas peligroso, quanto no provenia ya de una tierra sospechosa, y tenia, por decirlo así, todo el aire francés. Hasta entonces todos los corruptores de la religion habian pasado en Francia por secuaces del heresiarca aleman, y no se habia advertido que francés alguno hubiese dogmatizado como caudillo. Calvino á la verdad habia dado algun escándalo en París, y obligado á dejar esta capital sedujo algunas personas en las provincias; bien que estas obras de tinieblas no le daban alguna precedencia sobre los sectarios comunes, entre los cuales permaneció siempre en la clase de subalterno. Quiso en fin hacer papel de heresiarca en una nacion que se gloriaba de no haber engendrado todavía semejantes mónstruos, pero ni aun adquirió esta fama ignominiosa, sino avivando los conceptos toscos, las historietas calumniosas, las bufonadas insultantes, todas las rapsodias germánicas, y mas todavía, las blasfemias helvéticas de los sacramentarios. Así veremos en adelante al francés, admirador precipitado de las producciones extranjeras, acreditar y naturalizar en Francia los errores belgicos. Calvino tomó

en fin el carácter original de un heresiarca con la publicacion de su institucion cristiana. Esta obra, vomitada en el Angumois, fue impresa por la primera vez en Basilea, casi informe todavía, ó á lo menos muy distante del estado en que se halla en el dia. Sin embargo, fue dedicada entonces á Francisco I en lengua francesa, segun habia sido compuesta. El autor la puso inmediatamente en latin, con una elegancia y pureza de diction digna de la antigua Roma. Hiciéronse despues innumerables ediciones con todo el cuidado y primores que se usan en la bibliografia de los revoltosos.

14. El prólogo, que se dirige al Rey, es citado como una obra maestra. No merece menos este título por su artificio que por su elocuencia. Como en Francia se continuaban usando los medios de rigor contra los hereges, desplegó sobre esto el nuevo gefe todos los resortes de la oratoria; y de aquí se dejó caer sobre el gobierno de la iglesia romana, esmerándose en hacerle odioso. ¿Mas seria creible, si este monumento no subsistiese, que un hombre de tan ponderados talentos pretenda en él, que desde la deposicion de Eugenio IV en el concilio de Basilea no ha habido mas que falsos Pastores en la Iglesia, porque habiendo sido entonces depuestos este Papa y sus cardenales, solo pudieron sucederles cismáticos, y éstos sucesivamente perpetuar el cisma? ¿Podia Calvino ignorar el estado de abandono y desercido universal en que se hallaba el concilio de Basilea cuando depuso á Eugenio: que el mismo Antipapa Amadeo,

llamado Felix, se sometió al Papa Nicolao V, sucesor de Eugenio: que todas las censuras fueron revocadas de una y otra parte, y Nicolao reconocido por la Iglesia universal por solo y verdadero Pontífice? ¿Se deberá atribuir este error, en que no caería el mas corto teólogo, á ignorancia, ó á una dobléz aun mas odiosa?

El plan de la *institucion* fue trazado sobre el símbolo de los Apóstoles, que es la mas breve y respetable de todas las confesiones de fe. Así como hay cuatro partes en el símbolo, la primera que trata de Dios Padre y de la creacion; la segunda de Dios Hijo y de la redencion; la tercera del Espíritu Santo, autor de nuestra santificación; la cuarta de la Iglesia y de los bienes que posee: la institucion tiene del mismo modo cuatro libros, de los cuales cada uno corresponde á cada una de las partes de este símbolo. No intentamos formar en esto una controversia, ni aun una analisis seguida. Despues de quanto se ha observado acerca de los errores de Lutero y de Zuínglio, bastará dar la primera idea de la institucion de Calvino, que es su complemento, y presentar los rasgos que manifiestan su carácter particular.

Calvino en su primer libro pretende como Lutero que la Iglesia no es juez de las Escrituras⁽¹⁾: que no la pertenece ni decidir de su autenticidad, ni determinar su sentido, porque todo esto está consignado en nuestros corazones por el testimonio del espíritu de Dios. Impugna en él igualmente el culto de las

(1) *Instit. Calvin. edit. 1667. l. 1. p. 12.*

imágenes, con pretesto de que los que las honran, las atribuyen siempre algun poder divino, y que por consecuencia hay supersticion en estos cultos. En quanto al testimonio de las Escrituras, estiende su necesidad hasta la nocion de un Dios Criador; la cual dice que el hombre no puede adquirir, ni por el espectáculo admirable del universo, ni por todas sus luces naturales, que están obscurecidas por su ignorancia y depravacion. Sin las divinas Escrituras, añade (olvidando á Job y á los demás justos que no vivieron bajo la ley), nadie puede gustar de la sana doctrina⁽¹⁾. Sobre la Trinidad, dice que el Hijo de Dios existe por sí mismo; cuyo modo de esplicarse no es exacto. Bien que ya se le reprende muy justamente el haber dicho en otra parte que el Hijo no es *Dios de Dios*, y el haber vituperado esta espresion, que es del santo concilio de Nicéa; por lo que muchos autores han creído que este heresiarca piensa mal del primero de nuestros misterios.

En el segundo libro dice claramente que no reconoce libertad en el hombre culpable de pecado original, y que no podría consentir en que se diese el nombre de libre albedrío á una cosa tan ténue como la esencion de la violencia; resto único de esta facultad⁽¹⁾. No hay mas en el hombre, añade en términos espresos, que ceguedad y corrupcion. La voluntad todavía subsiste; pero cede necesariamente, y sin embargo, sin violencia, pues siempre será la que pecará, aunque no pueda abstenerse de pecar, del

(1) *Lib. 1. p. 10. (2) Id. 2. p. 63.*

mismo modo que el demonio hace el mal voluntariamente, aunque no pueda hacer otra cosa que el mal (1). Explicando estas palabras: *Jesucristo descendió á los infiernos*, se atreve á decir el escandaloso novador, que este Hombre-Dios sufrió en su pasión la pena de los condenados, y que este sentimiento fue el que le obligó á esclamar en la cruz: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis abandonado?* Véase lo que el espíritu particular de cada uno puede sugerir á los que han empezado á hacer alarde de sus opiniones; es decir, la blasfemia, la impiedad mas enorme, y el escándalo horrible que atribuye al mismo Hijo de Dios los sentimientos de desesperacion y del odio á Dios, que incluye necesariamente la pena de los condenados.

El tercer libro trata del Espíritu Santo y de sus dones; y el primero de estos dones, segun Calvino, es la seguridad inmutable que tienen de su salvacion todos los verdaderos fieles; los cuales, en su sentido, no son otros que los predestinados, pues la fe de que siempre es inseparable esta seguridad, jamás la han tenido los réprobos. Creen éstos tenerla algunas veces, prosigue Calvino, pero nunca tienen mas que la sombra y la apariencia. La fe es, dice con Lutero, la que obra la justificacion en el hombre, haciéndole participar de la justicia de Jesucristo, la que esta fe le comunica (2). Sobrepujando á aquel seductor de Alemania, añade: esta semilla de vida de tal manera

(1) *Lib. 2. p. 70. et 71.* (2) *Id. 3. p. 142. et 143.*

está arraigada en nuestros corazones, que no se pierde ni se altera jamás. Aquí se vé bien claramente la inamisibilidad de la justicia: dogma obominable, que dispensa al hombre de todas las obras buenas, de todo deber, de todo cuidado de su salvacion, y del bien de la sociedad. El dogmatizador esgrime luego largamente su pluma contra el sacramento de la penitencia, contra las satisfacciones, las indulgencias, el purgatorio y la oracion por los muertos, respondiendo con tono de ironía y de blasfemia al ejemplo de Santa Mónica, y á la autoridad de San Agustin. Trata en fin de la predestinacion, que hace consistir únicamente en la voluntad de Dios, aun para la reprobacion de los hombres, y con una dureza que le hace mirar por los teólogos como antelapsario; es decir, que sin contar con la caida del primer hombre, admitia, tanto una reprobacion, como una predestinacion absoluta, y aun aniquila el libre albedrío en el estado mismo de la inocencia (1).

Estos errores son todavía poca cosa en comparacion de los que reunió en el cuarto libro, donde pretende explicar la naturaleza de la Iglesia, sus señales características, su régimen, la autoridad de sus pastores y sus sacramentos (2). Los caracteres distintos de la Iglesia, segun él, son la verdadera predicacion del Evangelio y la buena administracion de los sacramentos: indicaciones manifestamente absurdas, por cuanto son mucho mas difíciles de distinguir estos dos objetos, que la misma Iglesia cuyo conocimiento

(1) *Lib. 3. p. 251. 254.* (2) *Id. 4. p. 273.*